

LA CLÍNICA A TRAVÉS DEL GIRO ICÓNICO

Santiago Javier Blanco

e-mail: blanco.santiago@live.com

Resumen

Este escrito es una continuidad de la investigación basada en el estudio del uso de la imagen que tiene como objetivo analizar y promover el lugar de lo icónico como estrategia didáctica en el conocimiento. Configura una articulación entre el ámbito educativo y el amplio abanico de la salud mental, a partir de las implicancias que releva en ambos lo que se denomina giro icónico (Boehm, 1994) y giro pictórico (Mitchell, 1992). El punto de partida es la construcción de un diagnóstico de época, en aras de emplazar y analizar el lugar del sujeto en una hipermodernidad a la cual responde. En un segundo momento, a partir de los andamiajes de la teoría psicoanalítica se lanza una serie de preguntas en relación a la técnica en psicología y el uso posible de lo icónico allí.

Palabras clave: imagen, palabra, técnica en psicología

Abstract

This paper is a part of the research based on the study of the use of the image, which aims to analyze and promote the role of the iconic as a didactic strategy in knowledge. It articulates the educational field and the diverse spectrum of mental health, based on the implications of what is usually called iconic twist (Boehm, 1994) and pictorial twist (Mitchell, 1992). The beginning is the construction of a time study, in order to place and analyze the position of the subject in hypermodernity, to which it responds. After that, the intention is to continue with psychoanalytic theory, to reflect a series of questions in relation to the previous technique in psychology and the possible use of the iconic there.

Key words: image, word, technique in Psychology

Zusammenfassung

Diese Arbeit ist die Fortsetzung einer Studie über die Verwendung des Bildes; sie hat zum Ziel, den Ort des Ikonischen als didaktische Strategie im Wissenserwerb zu analysieren und zu fördern. Ausgehend von den Implikationen, die sich sowohl in der so genannten ikonischen Wende (Boehm, 1994) als auch in der bildlichen Wende (Mitchell, 1992) abzeichnen, wird versucht, das pädagogischem Umfeld mit dem breiten Spektrum der psychischen Gesundheit zu artikulieren. Ausgangspunkt ist die Konstruktion einer epochalen Diagnose für die Lokalisierung und Analyse des Orts des Subjekts in einer Hypermodernität, auf die es reagiert. In einem zweiten Moment werden ausgehend vom Gerüst der psychoanalytischen Theorie eine Reihe von Fragen in Bezug auf die Technik der Psychologie und die mögliche Verwendung des Ikonischen gestellt.

Schlüsselwörter: Bild, Wort, Technik der Psychologie

Original recibido: octubre de 2017

aceptado: noviembre de 2017

Santiago Javier Blanco es Licenciado en Psicología, Magíster en Psicoanálisis, Docente de la Universidad del Salvador. Psicólogo clínico en equipo interdisciplinario de Salud Mental "Integra más". Psicólogo clínico en equipo interdisciplinario de Salud Mental "Instituto Ballester de Salud Mental". Psicólogo excoordinador grupo terapéutico de adultos en el Hospital Municipal Dr. Leónidas Lucero, Bahía Blanca. Coautor del libro *Lo disruptivo en el cine: ensayos ético-psicoanalíticos*.

Este escrito consiste en una continuidad de la investigación basada en el estudio del uso de la imagen, que tiene como objetivo analizar y promover el lugar de lo icónico como estrategia didáctica en el conocimiento. Responde entonces a la construcción de una articulación entre el ámbito educativo y el amplio abanico de la salud mental a partir de las implicancias que releva en ambos lo que se denomina giro icónico (Boehm, 1994) y giro pictórico. (Mitchell, 1992)

El punto de partida será el acercamiento hacia una construcción de un diagnóstico de época, comandado por la posición presente en “El malestar en la cultura” (Freud, 1930), en aras de emplazar y analizar el lugar del sujeto en una hipermodernidad a la cual responde. En la actualidad existen modalidades de intervención frente a una realidad que desborda lo que ella misma construye como parámetro de normalidad. La construcción de tales parámetros delimitan al sujeto y generan el riesgo de volverlo objeto al dirigir un tratamiento unidireccional. Se genera una incongruencia en el sujeto arrasado, que requiere urgente la necesidad de un hallazgo. Es menester una transición en la salud mental, un recorrido en sentido inverso que comienza por delimitar lo impropio del sujeto en miras a hallar lo propio de sí mismo.

En un segundo momento, la intensión es adentrarse en los andamiajes de la teoría psicoanalítica para lanzar una serie de preguntas en relación a la técnica en psicología y al uso posible de lo icónico. Si atisbamos el campo de la salud mental, y específicamente el analítico, en donde se da el encuentro entre sujeto y sujeto, paciente y analista, descubrimos que una imagen es el punto inicial de todo tratamiento. Sigmund Freud renombró como repetición el fenómeno de la transferencia, desplazamiento que inunda el vínculo señalado, generándose lo que especificó como neurosis artificial (un duplicado de la neurosis y sus síntomas, ahora en relación al campo transferencial). En este espacio el analista interpreta, siguiendo a Jacques Lacan, que se ha constituido una tercera dimensión, que es la imagen de un analista a la que se le supone un saber. Este artificio de hidráulico, la transferencia como desplazamiento de aspectos inconscientes, moviliza el tratamiento en tanto apuntala el deseo.

Lejos de caer en un psicologismo objetivador, el campo de la salud mental se constituye en un discurso a través del cual se promueve el desarrollo de una verdad, verdad que no es posible obturar, ser dicha en su totalidad.

Diagnóstico de época ¿Cultura de la imagen?

“Por lo que hace a la experiencia psicoanalítica debe comprenderse que se desarrolla entera en esa relación de sujeto a sujeto, dando a entender con ello que conserva una dimensión irreductible a toda psicología considerada como una objetivación de ciertas propiedades del individuo” (Lacan, 1951: 210)

Históricamente, para cada constructo acerca de las nociones de normalidad y psicopatología de la época, se creaba un modelo de abordaje. Desde la luna llena observando al incipiente futuro loco, la búsqueda de conductas y rasgos físicos para considerar a alguien bruja, aislamientos por posibles contagios, el encierro del criminal, hasta hoy. Todavía suele utilizarse la fuerza y la violencia como garante de regulación social, en donde el encierro, el aislamiento o aplacamiento del sujeto a través de un fármaco, o más y más mecanismos de control policial y guerras internas contra la lo-cura¹ de las drogas en sociedad, siguen siendo intentos por normalizar lo que anda mal. Las enmiendas de la noción de sujeto han sido restrictivas, de observación, control y capacitación objetivante. Se suceden temporalmente métodos de abordaje tendientes a un fracaso inminente debido a su rasgo más general: el arrasamiento de la subjetividad.² ¿Cómo no repetir? ¿Cómo elaborar al detectar este desplazamiento?

En nuestra contemporaneidad, salvar la subjetividad ¿Implica detectar lo impropio en un sujeto atravesado por palabras e imágenes que la época propicia de manera acaudalada? “... se ha producido una espectacular aceleración en la multiplicación de imágenes, haciendo que las mismas adquieran roles antes únicamente reservados para el lenguaje y asuman nuevos inventados solo para ellas” (Ana García Varas, 2015: 4). Diagnósticos, formas de la sexualidad, felicidad, de familia y pareja echan por tierra el lugar de la responsabilidad del lado de un sujeto impelido a consumir respuestas,

incluso referidas a cuestiones esenciales del ser. Queda en esta vía, revestida la falta de un sujeto que se funda como tal en la dialéctica de un lenguaje que ha ido perdiendo potestad. La sociedad constituye al sujeto a través de una fórmula inestable: más certezas, más capturado en la imagen, menos tolerancia a la ambivalencia del lenguaje, menos movimiento de la palabra.

Este intento por dar lugar a la emergencia de la subjetividad, de alguna u otra manera podemos ubicarlo en gritos históricos. Se observa en el intento nietzscheano que dota de valor el impulso artístico, arrojándose a sí mismo por fuera del campo de la ciencia, por fuera del progreso en manos de la razón. También otros autores han sabido robar el fuego de Hefesto: Deleuze, Gianni Vattimo, Martin Heidegger, la obra “La decadencia de occidente” de Oswald Spengler, entre tantos pensadores que giran en torno a la crítica acerca de un aspecto negativo de la civilización, tema fundamental del siglo XX, que nos permite dirigirnos y desembocar en la obra de Sigmund Freud, El malestar en la cultura, para preguntarnos qué llevó al fundador del psicoanálisis a pensar en términos sociológicos.

Presentar una mirada social a través de los ojos de la psicología clínica implica no descuidar todo el recorrido del conocimiento y las formas en que este se construye en cada cultura particular y en el mundo en general. Lo que se denomina hipermodernidad ha dado su tinte a los modos de vincularse de los seres humanos, principalmente a través de las variantes ligadas al avance del conocimiento tecnológico que se ha mostrado capaz de acallar al sujeto de la filosofía que se pregunta, como al sujeto del inconsciente salvaguardado por Sigmund Freud, el cual lleva consigo un sello que lo hace particularmente vivir en una subjetividad que le es propia: una falta insondable.

El sujeto del inconsciente está implicado con su propia falta, que el paradigma científico-técnico detecta, estudia y brinda objetos para el alcance de la unicidad e igualdad, protegiendo con retratos narcisistas este espacio en el sujeto, obturando la pregunta por sí mismo, corriéndolo del desafío de toda transformación, ahorrando el desvelo de atravesar la dinámica fantasmal, la contingencia que provoca todo encuentro con el otro y con uno mismo.

A la par que produce y vende con una mano, con un sutil movimiento tergiversa los límites del derecho y logro de la intimidad. Así como las ideas que en un ritmo sutil mueven al mundo hacia una elaboración en aras de

formular un sentido histórico, también están los hilos silenciosos que producen una inestable verdad y saturan al sujeto, contrariando un equilibrio social en una propuesta por renunciar a la diferencia e individualidad.

Afirmar que la sociedad padece de un síntoma propio de esta época no es una perspectiva creativa. Para pensar en un punto álgido de la historia en el cual se realizó un diagnóstico de época, propongo retomar la perspectiva filosófica de Friedrich Nietzsche. Este pensador, como tantos otros filósofos, se encargó de colocar un espejo frente a una sociedad y sus nociones de desarrollo, de la misma manera que es posible hacerlo hoy con el discurso industrial que a todo lo vuelve objeto de mercancía, a tal punto que atraviesa y deja estacada la subjetividad en tal posición.

Es indispensable entrelazar la clínica con esta mirada filosófica y social, ya que descuidarla sería perder de vista el impacto de los presupuestos biopolíticos que comandan los cuerpos individuales y sociales. Resuenan aquí palabras de Michel Foucault, así también la noción de cuerpo, como imagen de cuerpo concepto de la obra de Jacques Lacan. Se abre una pregunta entonces sobre los espacios de intimidad en la actualidad, exentos de una mirada que controla y regula en términos de cantidad e igualdad. Surge también una pregunta sobre el lugar de la palabra, en tanto vivimos una dialéctica arrasada, donde ya no es la palabra el medio para llegar a articular y comprender los estímulos, sino que los medios de comunicación, lejos de mantenerse intermitentes, sofocan los ojos con imágenes y llenan los oídos de información, llevando al ser humano -si en primer lugar toma consciencia de estas cantidades de estímulos- a una constante tarea de seleccionar información.

Ana García Vara refiere que la imagen, al tener un poder de fascinación, podría constituir una amenaza para la cultura, para la creación o para el pensamiento. La desregulación de la información en palabras e imágenes como uno de los tantos estímulos que en cantidades inunda el psiquismo se refleja en las modalidades sintomatológicas que en nuestra época afectan el vínculo entre seres humanos y el vínculo con uno mismo: dificultades para establecer vínculos, intolerancia, violencia, miedo social, los denominados ataques de pánico o crisis de angustia, sentimientos de insatisfacción, alexitimia, entre tanta fenomenología que denuncia una imposibilidad del sujeto para acceder a su intimidad, a su necesidad, a sus emociones, como también

la imposibilidad de reconocer al otro como sujeto con sus diferencias. ¿La emergencia del sujeto, implicará cercenar, acotar las cantidades que inundan y regulan las modalidades de vínculo social e individual? ¿El lugar de la imagen en la sociedad -medio masivo de comunicación- lleva a la palabra hacia un lugar marginal?

Para Sigmund Freud, varias fuentes afectan la felicidad del ser humano. Las vicisitudes biológicas del cuerpo, el vínculo entre los seres humanos, los poderes elementales de la naturaleza, y la inclinación agresiva -pulsional- dentro de sí mismo demostraron ser las cuatro fuentes generadoras de insatisfacción. Las mismas se pueden detectar en la historia, tal vez con otro rostro, pero que en sí constituyen una misma forma de violencia desde la que se atenta contra el bienestar del ser humano. Es posible registrar en nuestro país la existencia de estas fuentes, motor de la agresión hacia nosotros mismos, desde la existencia de lo que se denominó “proceso de reorganización nacional” en 1976 -golpe de estado que incluyó todo tipo de violaciones de los derechos humanos hasta llegar más allá del límite entre lo reproducible y lo inefable-, el atentado a la AMIA -genocidio que se reactualiza en 1994 y nos compulsa a repetir el sufrimiento-, hasta las formas de agresión en nuestra civilización que responden a una falta de cumplimiento de los derechos del ser humano, relevado principalmente por el índice de pobreza y la no restitución de las instituciones de salud y educación.

Desde esta concepción global surge un diagnóstico: se observa un modo particular de violencia contra, y en el ser humano. La imagen aparece en cantidades que no es posible articular con el lenguaje. La imagen está entonces desligada de la palabra. Es menester pensar desde cada espacio, cómo restituir el lugar del sujeto en tanto existe un desalojo de la subjetividad que se produce a través de los modos en que la civilización deposita palabras e imágenes que lo configuran como objeto. Si la sociedad invade con estímulos y rellena de modo efímero una falta propia de la esencia del ser humano: ¿es posible realizar un camino inverso? ¿Cómo llevar a una identificación del sujeto con palabras e imágenes más honestas, en términos de aproximación a su propia verdad?

La subjetividad en el espacio - tiempo clínico

¿Se trata de qué tratamos o con quién tratamos? A cada persona, un nuevo modo de escuchar: Si se considera por ejemplo el delirio en un modo de funcionamiento psíquico regido por un procesamiento primario, podemos tomarlo sólo como síntoma, enfermedad, siendo en verdad una posibilidad del sujeto, creación, defensa. Aquí resuenan las palabras de Sigmund Freud al considerar el delirio como defensa en el análisis de Schreber. Lo que nosotros consideramos la producción patológica, la formación delirante, es en realidad el intento de restablecimiento, la reconstrucción. (Freud, 1920a)

Avancemos para preguntar: ¿Cuál es el lugar de la imagen en la clínica? Nuestra -clínica, teoría y técnica- predilección se orienta hacia el uso de la palabra como medio terapéutico. Desde que tuvo la ocasión, Sigmund Freud retomó la función de la palabra y la implicó como elemento esencial del ser humano. El recubrimiento –significación- a través del lenguaje del futuro sujeto psíquico es determinante desde un inicio de la vida. El objetivo de la terapia psicoanalítica consistió y consiste en detectar dicha dialéctica, y en clínica, en entrever al sujeto en una béance³ que se escucha a través de un discurso. Llevar al lugar de la palabra, a la capacidad elaborativa del afecto mediante representación de las vivencias.

Tomando una posición en oposición frente a los conceptos prefijados e irrefutables, Jacques Lacan explica que "el término de normalización introduce ya, por sí mismo, un mundo de categorías bien ajeno al punto de partida del análisis". Tomemos aquí "análisis" como la posibilidad de debatir interdisciplinariamente, la puesta en común de diferentes formas de abordar las nuevas formas de malestar en la cultura. Si "normalizamos", dejamos por fuera la subjetividad y estamos siguiendo al autor francés, bien lejos de lo que es una apertura al trabajo en el campo de la salud mental.

Las respuestas que hemos tenido socialmente frente a problemáticas claras que atraviesan el campo de la salud han tenido muchas veces un enfoque orientado por el conocimiento del experto (saber científico), perspectiva unilateral, y esto seguirá así en aquellos movimientos en los que no se trabaje interdisciplinariamente.

Abordar la subjetividad en nuestra cultura implica recurrir a la mayor cantidad de lecturas y herramientas posibles, constituir una praxis, un abordaje tanto desde la mirada como desde la escucha, tanto del cuerpo como del psiquismo. Todo el recorrido realizado consiste en brindar un pequeño aporte al campo de la ética en relación a nuestro proceder profesional en el campo de la salud mental, en aras de abrir un interrogante a nuevas formas de intervenir en clínica. Este escrito busca abrir el juego para elaborar y reelaborar nuestra posición frente a las problemáticas actuales, movimiento que debe ser constante y crítico en cada nueva situación que se nos presenta.

Tratemos de llevar este cauce hacia nuestra práctica y el lugar de la imagen allí. En un congreso de psicoanalistas en el año 1951, brindando un seminario en relación a Intervenciones sobre la transferencia, Jacques Lacan (1951) realiza un intento de fundamentar la relación analítica, pero no desde la comprensión, sino en términos de verdad. Desde allí habló de relaciones dialécticas, cuyo eje es la gravitación de la verdad, en donde se articula un sujeto. Y cuando nos referimos al término sujeto, se trata de un sujeto articulado desde el lenguaje. Ya no es la comprensión la que articule el diálogo, sino la verdad como gravitación de un discurso. El sujeto estará en aquello que se resiste a la comprensión, lo cual se observa bien en la relación transferencial, y en la imposibilidad de la ciencia de reducir el sujeto a un objeto determinado de estudio.

Lo que hace a la relación humana en cuanto tal, son relaciones de sujeto a sujeto, y podríamos agregar, para convocar la movilización social, el encuentro entre las personas y entre los pueblos. Todo este entramado indaga cómo intervenir como profesionales desde la ética y las formas de contrarrestar el psicologismo objetivador en el que ha caído la lectura y el abordaje del sujeto.

Queda por indagar las modalidades de intervención a través de la imagen como reguladoras de sentido, en miras a construir con el paciente un sentido que le es propio. En tanto, si retomamos los modos en que opera el psicoanálisis ¿Habría que considerar, en relación a las artes, el procedimiento per via di porre? Es decir, mediante sugestión suprimir las ideas patógenas ¿Per via di levare? Quitando, retirando, restando, en tanto se preocupa por el entramado psíquico del paciente ¿O habrá que pensar en un modo de articular ambos abordajes considerando nuestra cultura atravesada por el giro icónico?

La técnica y el lugar de la imagen

En la ciencia de la imagen (*Bildwissenschaft*) de Boehm y en el giro pictórico (Visual Studies) de Mitchell, la imagen, más allá de ser producto, es en sí misma generadora de sentido. Y para nuestras futuras indagaciones sobresale un carácter particular: la imagen es soporte de información en tanto remite al contexto en que se produce. Esta es entonces un producto que implicó una construcción a través de representaciones.

Si pensamos en la constitución del psiquismo y las modalidades de metabolización de los estímulos, siguiendo la noción de estratificación sucesiva de Sigmund Freud⁴, la construcción de una imagen implica el procesamiento de una serie de representaciones previas, es decir, estamos frente a un producto elaborado que implicaría lo que denominamos procesamiento secundario, característico del estrato elevado en términos elaborativos. En este ejemplo, pensamos en la imagen como producto de un procesamiento psíquico y la sucesiva proyección sobre un lienzo, una pantalla, un papel, etc. El camino es de adentro hacia afuera. Podemos pensarlo en sentido inverso: ¿Qué ocurre con la infinidad de imágenes que capta el psiquismo? También tenemos que pensar en un psiquismo que no alcanzó la estratificación desde donde es capaz de poner en marcha un modo de procesamiento y elaboración adecuado de los estímulos tendientes a ligar, metabolizar y reproducir (crear y proyectar). ¿Cómo articula el psiquismo esta cantidad de estímulos?

¿Es posible pensar la imagen en la clínica como sostén de un sentido a construir? ¿De qué modo se presentaría la imagen? Hasta el momento, en términos técnicos, la constitución del discurso del analista se constituyó como motor de la terapia. El analista posicionado como objeto, y no como sujeto, opera como objeto causa de deseo, movilizándolo al sujeto (paciente) a trabajar en tanto supone que él sabe. El analista limitará el discurso amo, o significantes causa de identificaciones, para correr y habilitar producción de significantes, hablar de lo no dicho. El analista no indica qué hacer al paciente, en tanto se ubicaría en el discurso del amo, o en el discurso de la histeria que hace lazo con el otro a través de la señalización de la falta. El sujeto -del inconsciente- aparecerá en relación a una escucha: “Aquí estamos todavía en lo de amaestrar las orejas para el término sujeto” (Jacques Lacan, 1951: 209). El

analista moviliza, no obtura el deseo. Habilita la palabra para que se escuche el deseo más allá de la demanda. El deseo quedará no dicho, irreductible a la palabra. Entre los significantes surgirá el sujeto del inconciente que deberá captar el analista.

En términos generales, introduciremos los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis escogidos por Jacques Lacan para dar un panorama de los andamiajes, ejes de la obra freudiana. En lo que denomina “Entrevista preliminar”, refiere a un elemento indispensable para que se dé inicio al análisis propiamente psicoanalítico. Tiene que surgir un lugar en donde se instala una tercera entidad. Entre el sujeto y el analista se debe configurar un sujeto supuesto saber. Esta terceridad que se implica en toda conversación es el espacio en el que se transferirán todos los fenómenos inconscientes. Sigmund Freud atisbó la transferencia como reedición de imágenes y conflictos inconscientes (imagos parentales⁵ que se constituyen a partir de la relación con los objetos primarios con los cuales se identifica), que se desplazan en todo tipo de vínculos, pero de un modo particular sobre el campo analítico. Esto se debe a que el único que trabaja con la transferencia, repetición, es el analista en la construcción de un encuadre psicoanalítico. Lo que sostiene la posibilidad de transferibilidad de las imago parentales sobre este campo es el sujeto supuesto saber en el que el sujeto ubica al analista (aunque ninguno de los dos sea en sí mismo esta terceridad).

En tanto se toma un fragmento del discurso del paciente, se señale un discurso recurrente o se indague sobre puntos ciegos, si se lo hace correctamente, es en esa medida que el sujeto revestirá de un supuesto saber la figura del analista. Comenzará a suponer que algo sabemos de lo que a él le ocurre; sin embargo, el analista escucha más allá de su saber. Corriéndose del lugar de saber no sugestionará al introducir material que no es del paciente. Vamos un paso atrás de él al suponer nosotros que quien sabe es el paciente. Es ese saber que hay que poner a elaborar, articular e incluso crear. El sujeto del inconciente hay que habilitarlo, en primera instancia a través de la transferencia, para luego elaborarlo.

En ese momento en que se tiende a la elaboración, articulación e incluso creación: ¿trabajar con el uso de la imagen es intervenir en la vertiente simbólica? ¿Es potenciar un eje imaginario? La configuración del campo de

análisis, la vertiente imaginaria, ligada al vínculo entre el paciente y el analista es necesaria; sin embargo, el psicoanálisis releva y promueve la creación de un espacio simbólico de la transferencia, es decir, el atravesamiento del lenguaje respecto de las repeticiones inconscientes desplazadas en el vínculo con el terapeuta. Se abre una nueva pregunta respecto de la implicancia de la imagen en relación a qué clínica estamos considerando.

Dentro de las neurosis, la capacidad de simbolización está reforzada en el mantenimiento de la satisfacción a través del proceso de la introversión de la libido. Se constituyó entonces una modalidad de procesamiento psíquico que no implica una descarga de los estímulos, sino un procesamiento previo. Es en esta modalidad de funcionamiento psíquico en donde se pone en marcha la técnica asociativa, en tanto el sujeto presenta representaciones cosa, ligadas a representaciones palabra, comanda un estatuto secundario de trabajo psíquico: no responder a la demanda, abstinencia en miras a la circulación del deseo. Ahora bien: ¿Qué ocurre en psicopatologías graves? ¿Frente a pacientes con un déficit yoico, hay imposibilidad de asociación?

Pensando en ambas vicisitudes clínicas: ¿Qué implica en términos técnicos introducir una imagen (una imagen estática o un video, o una imagen a través de la palabra)? Tendríamos que preguntarnos: ¿Cuál es la motivación para presentarla? Siguiendo la lógica psicoanalítica, estaría del lado de la movilización de las representaciones, en miras a la prosecución de las asociaciones que nos lleven a hallar al sujeto en el discurso. Surge una pregunta respecto de las diferencias con la cura a través de la palabra: ¿Acaso no conlleva la misma implicancia psíquica, en términos de procesamiento, la transmisión de una metáfora vía palabra que la presentación de un video o imágenes estáticas desde donde construir sentido? En términos de captación, los sentidos a través de la proyección de un video están mayormente movilizados. ¿Se trabajaría a partir del sentido que la misma imagen presenta? ¿Es útil para pensar cuál es la representación del sujeto frente al estímulo?

Imagen y palabra

Una de las cuestiones a que convoca este escrito es preguntarnos por el lugar del psicoanálisis en el giro icónico, y el lugar de la psicología en general

en tanto disciplina que aborda lo que denominamos salud mental. Partimos de la base de un concepto de salud que no es universal, sino individual, y que el saber para trabajar el síntoma está en el paciente. Más allá de la mirada, relevamos una escucha amaestrada. Incluso Freud, en sus inicios, propuso el Diván como modalidad para correrse del plano imaginario de la mirada, y abocarse a la impronta de la palabra.

Jacques Lacan -en "Psicoanálisis y Medicina"- se plantea el lugar del médico en la actualidad, y dirá que "el mundo científico vuelca en sus manos un mundo distinto de lo que puede producir como agentes terapéuticos nuevos, químicos y biológicos (...) ¿Dónde está el límite en que el médico debe actuar, y a qué debe responder? A algo que se llama demanda" (Lacan, 1951: 90). Desde este punto de vista, en la actualidad se toma socialmente a la ciencia como verdad, medio por el cual accedemos a las respuestas, incluso a aquellas sobre el origen del mundo, la vida y la existencia. De esta manera, el sujeto psicoanalítico está saturado. La ciencia obtura la pregunta en el sujeto, la angustia, el síntoma como símbolo, la verdad del paciente que se juega en las formaciones del inconsciente.

El paciente pide ser curado, y el médico, en términos lacanianos, no duda, determina cuál es la enfermedad y se dirige a curarlo. El analista, en esta dirección, toma una posición diferente. Se pregunta por el deseo del paciente, más allá del pedido, en tanto la demanda siempre está dirigida a otra cosa. Entre las vicisitudes de la demanda surge en el analista, el no responder a la misma, en tanto siempre hay un más allá por develar. Lacan refiere que, en primera instancia, la demanda siempre es demanda de reconocimiento, y es así que no debemos responder a ella como terapeuta. En este punto, dar una imagen desde donde pensar lo que le pasa al paciente, siendo este trabajo una búsqueda que lo implica: ¿Es presentarle un sentido dado? ¿Responder en cierta medida a la demanda?

En el campo psicoanalítico se trabaja con la palabra, en tanto es una herramienta que habilita la circulación del deseo. Esto es debido a que el lenguaje es ambivalente e insondable, funda una duda que permite seguir un camino en busca de algo que no se encontrará. La condición particular del lenguaje hace que no sea posible que el objeto nombrado (que ocupa el lugar de la cosa y ya no es la cosa al ser nombrado), colme totalmente a la pulsión

en tanto no es posible nombrar exactamente lo que es. No responder a la demanda, no dar un saber, permite motorizar el deseo y movilizar la palabra, seguir construyendo sentido. ¿La imagen tiene un sentido saturado? ¿Acaso no es insondable y ambivalente como la palabra misma? Boehm y Mitchell comprenden que la imagen es un signo con relación de semejanza a la realidad, es decir, genera un sentido que le es propio y, a su vez, implica un proceso de creación de sentido que, en términos clínicos, esa construcción estaría del lado del paciente en términos de responsabilidad subjetiva.

Desde el giro icónico corresponde la pregunta sobre el lugar de la imagen en esta dialéctica que se desplaza en el campo terapéutico. El componente auditivo del signo, el significante como imagen acústica, contrastará con toda imagen que se presente. ¿Agotando un sentido? ¿Movilizando las representaciones? ¿Permite la presentación de imágenes en la clínica mover el deseo (falta) del paciente? Tengamos presente que lo que permite el desarrollo de una cadena en términos significantes es un resto que no puede ser colmado, es decir que, si la imagen motoriza, no es satisfecha ninguna demanda. El sujeto, a partir de la imagen -por las características de la misma- tiene la posibilidad de producir más allá de ella.

Notas

1. Freud considera que los *quita penas* ayudan a alcanzar el anhelado último deseo humano, la felicidad.

2. La esencia del psicoanálisis implica una escucha y no una determinación. Lo que no nos permiten las modalidades unilaterales de entender al sujeto es el abrir un interrogante ¿Qué siente que le pasa? ¿Qué siente que le pasó? ¿Qué construye a partir de?

3. En inglés “gap”, como hueco, abertura. Otra de las palabras que utiliza para referir a la noción de falta, efecto de lo que denomina “castración”, es “hiancia”. Sobre esta beance, escisión necesaria, se articulará el registro de lo imaginario, en un primer momento a través del estadio del espejo: etapa constitutiva del narcisismo (yo).

4. En la carta 52, de Freud a Fliess, refiere al modo en que se constituye el psiquismo. Modelo que Piera Aulagnier tendrá en cuenta para referir a los

diferentes estratos del psiquismo y el modo de procesamiento de los estímulos propio de cada uno de ellos.

5. Las identificaciones primarias constituyen esas *imago* parentales.

Referencias

- Boehm, G. (1994), *Was ist Bild?*, München: Fink.
- Boehm, G. (2010), *Wie Bilder Sinn Erzeugen. Die Macht des Zeigens*, Berlin: Berlin University Press.
- Boehm, G. (2011a), "El giro icónico" una carta, en A. García Varas (ed.), *La Filosofía de la imagen*, Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca, pp. 57-70.
- Boehm, G. (2011b), *¿Más allá del lenguaje? Apuntes sobre la lógica de las imágenes*, en A. García Varas (ed.), *Filosofía de la imagen*, Salamanca: Universidad de Salamanca, pp. 87-106.
- García Varas, A. (2011), *La Filosofía de la imagen*, Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- García Varas, A. (2012), *La filosofía e(n) imágenes*, Zaragoza: Institución 'Fernando el Católico'.
- García Varas, A. (2015), Crítica actual de la imagen: del análisis del poder al estudio del conocimiento, en *Paradigma: Revista universitaria de cultura*. N° 18, pp. 4-6.
- Freud, S. (1920a), Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*dementia paranoides*) descrito autobiográficamente, en *Obras completas*, vol. XII, Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1920b). Más allá del principio de placer, en *Obras completas*, vol. XVIII, Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1927), El porvenir de una ilusión, en *Obras completas*, vol. XXI, Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1930 [1929]), El malestar en la cultura. en *Obras completas*, vol. XXI, Buenos Aires: Amorrortu.
- Gutiérrez, C. Y I. Lewkowicz (2005), *Memoria, víctima y sujeto*, Disp. En: <http://www.daia.org.ar/2013/uploads/documentos/56/indice23.pdf>.
- Lacan, J. (1966), *Función creadora de la palabra*. En J. Lacan, Seminario I: *Los escritos técnicos de Freud*, Buenos Aires, Barcelona, México: Paidós, pp. 343-356.
- Lacan, J. (1966), Psicoanálisis y medicina, en *Intervenciones y textos*. Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (1951), Intervención sobre la transferencia, en Jacques Lacan, *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

- Mitchell, W. J.T. (1984), What is an image?, en *New Literary History: A Journal of Theory and Interpretation*, 15 (3): 503-537.
- Mitchell, W. J.T. (2011), ¿Qué es la imagen? Trad. en A. García Varas, *La Filosofía de la imagen*, Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- Mitchell, W. J.T. (2011), *La Filosofía de la imagen*, Salamanca. Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- Mitchell, W. J.T. (1992), The Pictorial Turn, en *Art Forum* 30: 89–94.
- Mitchell, W. J.T. (1994), *Picture Theory*, Chicago, Il: University of Chicago Press.
- Mitchell, W. J. T. (2009), *Teoría de la imagen: ensayos sobre representación verbal y visual*, Madrid: Akal.